

mente del olvido. Su muerte, como si de una mala jugada del tiempo se tratara se producía prácticamente en su quincuagésimo cumpleaños. El cáncer terminó de devorar al historiador un 28 de junio de 1960 en Lion pero no consiguió devorar su obra porque: «Jaume Vicens Vives nos dejó un gran legado de trabajos, metodologías, que ha devenido en un referente: son y serán indispensables para las sucesivas generaciones de investigadores, para la gran síntesis y detalle de la moderna historiografía económica de España y Cataluña» (Ramírez Sarrió: 9). El prólogo de este libro se cerraba con un sugerente: «¡Gracias por continuar la cadena!» (Segura, Mayayo, Harana: 12) que también nosotros utilizamos a modo de conclusión. El reto a las nuevas generaciones de historiadores y de científicos sociales está lanzado. Es más, Vicens confiaba ciegamente en la fatalidad histórica y en el deber de esas generaciones que han de *continuar la cadena*: «Cada quince años, en efecto, avanza una oleada de juventud para adueñarse del mando, en la conciencia, en la política y en las artes, y aunque quizás su acción no sea transparente radicalmente en la vida pública, el estudioso la localiza fácilmente en los cenáculos literarios, en las capillitas artísticas o en los cargos burocráticos» (Vicens: 116).

Pedro García Guirao

A propósito de M. HEINRICH: *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*. Traducción de César Ruiz Sanjuán. Escolar y Mayo, Madrid, 2008.

A partir de la publicación de *Die Wissenschaft vom Wert. Die Marxsche Kritik der politischen Ökonomie zwischen wissenschaftlicher Revolution und klassischer Tradition* (Argument, Berlin/Hamburg, 1992) de Michael Heinrich, y sobre todo a partir de su segunda edición en 1999 con importantes correcciones, ha vuelto a tomar fuerza en el ámbito filosófico de habla alemana el proyecto de una «nueva lectura de Marx» de la que el público hispanohablante no conoce demasiado.¹ Esta nueva lectura ha vertebrado durante las últimas dos décadas toda una serie de polémicas sobre conceptos centrales de la teoría marxista –son reseñables las discusiones sobre los conceptos de valor y de clase entre el propio Heinrich y los dos miembros más destacados del ya disuelto grupo *Krisis*, Robert Kurz y Norbert Trenkle, en revistas

1 Para una recapitulación casi exhaustiva de la historia de la «nueva lectura de Marx» el lector puede consultar ELBE, I.: «Zwischen Marx, Marxismus und Marxismen --- Lesarten der Marxschen Theorie», p. 14. [Internet/PDF], Bochum: Arbetiskreis rote ruhr uni. <http://www.rote-ruhr-uni-com/texte>.

como *Fantômas*, *Streifzüge* y *Konkret*— que prolongan el intento de leer *El Capital* desde presupuestos alejados tanto del materialismo dialéctico como de la interpretación historicista y empírica divulgada por Friedrich Engels. Como propuesta interpretativa, este tipo de acercamiento a la obra de Marx surgió en la segunda mitad de los años sesenta del siglo pasado al calor de los movimientos estudiantiles de la antigua Alemania Occidental y encontró su primera expresión en la obra de dos sociólogos y filósofos muy influidos por la teoría sociológica de Adorno, Hans-Georg Backhaus y Helmut Reichelt.

Esta nueva lectura de la que Heinrich se declara continuador significaba, por tanto, una reconstrucción de la crítica de la economía política marxista claramente distinta de la que Habermas ensayaría veinte años más tarde, en cuanto implicaba una confrontación no sólo con *El Capital*, sino con otros textos manuscritos donde el método de Marx era más visible que en los textos publicados: los *Grundrisse*, los *Resultate des unmittlebaren Produktionsprozesses* y los manuscritos de revisión de la primera edición de *El Capital*, conocidos como *Ergänzungen und Veränderungen zum ersten Band des «Kapital»*. Se trataba en todo caso de abordar la obra del filósofo de Tréveris como un *corpus* no unitario dentro del cual fuese posible recuperar la crítica de la economía política como proyecto estrictamente teórico, desvinculado de cualquier afán emancipatorio concreto y donde «el problema de la constitución de las categorías económicas y su significado para una teoría general de la sociedad ocupaban una posición central»².

Heinrich considera las protestas de los llamados grupos anti-sistema a finales del siglo XX y comienzos del XXI (los enfrentamientos en la reunión de la OMC en Seattle en 1999 o las protestas durante la reunión del G8 en Génova en 2001) como propuestas de acción que han convertido el análisis del capitalismo en una cuestión de interés no meramente académico o abstracto, sino en un problema práctico con consecuencias inmediatas. La necesidad de volver a leer *El Capital* de Marx responde a esta necesidad práctica de comprensión del capitalismo, anterior a cualquier intento de acción concreta, si bien esta lectura plantea tres problemas. Por un lado, la lectura del libro primero, aislada del resto de la obra, es insuficiente y las conclusiones que arroja son equívocas por parciales. Esto significa que una interpretación adecuada y no simplista de *El Capital* ha de recorrer, necesariamente, sus tres libros. En segundo lugar, esta lectura suele pasar por alto el carácter científicamente revolucionario de la crítica marxista de la economía política como «crítica a la totalidad de la ciencia económica anterior» (p. 29). En tercer lugar, el lector de la obra de Marx ya posee una precomprensión de lo que es el capitalismo

2 H. REICHELT, *Neue Marx-Lektüre. Zur Kritik sozialwissenschaftlicher Logik*, VSA-Verlag, Hamburg, 2008, p. 11.

y de aquello en lo que consiste la crítica marxista que ha de ser desmantelada para que tal lectura pueda llevarse a cabo. A atajar estos problemas preliminares dedica Heinrich los dos primeros capítulos de su libro, en los que analiza de modo provisional tanto el concepto de capitalismo frente a las ideas espontáneas en torno al mismo (capítulo 1) como el objeto científico de *El Capital*, esto es, a dibujar de modo sucinto cómo la crítica propuesta por Marx ha de entenderse como una disolución de la aparente naturalidad del campo teórico de la economía política (capítulo 2).

Ahora bien, el punto neurálgico de la «nueva lectura de Marx» ensayada por Heinrich se sitúa en el capítulo tercero del libro que nos ocupa. Allí se reinterpretan los conceptos de valor, trabajo y la idea de fetichismo de la mercancía a la luz del manuscrito de correcciones al libro primero de *El Capital*, para impugnar enérgicamente la interpretación metafísica habitual (en palabras de Heinrich: sustancialista) de la teoría del valor. La tesis de Heinrich consiste en subrayar la conexión directa entre valor y dinero expuesta en las primeras secciones de *El Capital*. La teoría marxiana del valor, como teoría esencialmente monetaria distinta de las teorías clásicas y neoclásicas de índole premonetaria, permite comprender la unidad categorial que hace del capital un proceso nunca acabado de valorización de mercancías. Lo novedoso del tratamiento del valor en la obra de madurez del filósofo alemán no habría de vincularse, por tanto, al falso problema de si Marx logró demostrar de un modo científico la teoría ricardiana del valor-trabajo, dado que su objetivo era completamente otro, a saber, mostrar «cómo el trabajo privado gastado puede convertirse en parte constitutiva del trabajo social global» (p. 64). Este desplazamiento del objetivo filosófico de Marx de la demostración científica definitiva de una teoría del valor que la moderna economía neoclásica considera superada (y con ella, también el análisis de Marx) al análisis de las determinaciones formales de las categorías económicas replantea la solidez de una crítica de la economía política al tiempo que refuta cualquier intento de declarar errado el esfuerzo teórico de *El Capital*.

El planteamiento marxiano del valor es por tanto una explicación del carácter específicamente social del trabajo que produce mercancías y esta es la razón por la que Heinrich concede una importancia central a una comprensión adecuada de la distinción entre trabajo concreto y trabajo abstracto. En este momento se muestra cómo la interpretación de la idea de trabajo abstracto como «gasto de fuerza humana de trabajo en sentido puramente fisiológico» (lo que Heinrich llama «interpretación naturalista del trabajo abstracto» en polémica con Wolfgang Fritz Haug) desemboca en una interpretación sustancialista del valor como incorporación de trabajo abstracto a una mercancía aislada. Heinrich entiende que la abstracción que constituye a este tipo de trabajo sucede no en la esfera de la producción, sino en la del intercambio. No hay un

gasto ni una incorporación metafísica de fuerza en general a una mercancía en el momento de su producción, sino «una relación de validez constituida en el cambio» (p. 67) que permite entender el tipo de abstracción que caracteriza a este tipo de trabajo. Esta idea aclara además en qué consiste la «objetividad espectral del valor» que Marx encuentra expresada en la mercancía: pues si tal objetividad es fantasmagórica, ello significa que la objetividad del valor no se puede aprehender en la mercancía aislada, sino en la esfera del intercambio y que el valor no es un atributo existente en la mercancía como producto del trabajo abstracto, sino algo específicamente social. El carácter espectral de su objetividad se muestra al desvelar que se trata de una relación social que aparece como una propiedad de la cosa. De este modo, Heinrich viene a mostrar que la interpretación sustancialista es una deformación que oscurece todo el planteamiento del primer libro de *El Capital*, en la que se juega la correcta intelección de la obra como un todo unitario. Además, con la impugnación de la interpretación naturalista del trabajo abstracto, Heinrich puede recuperar la centralidad de dos secciones del libro primero que no cumplían ninguna función para las visiones sustancialistas del valor, dado que para ellas el valor se reducía a las horas de trabajo social requeridas para la producción de una mercancía, a saber: el análisis de la forma de valor y el análisis de la forma dinero.

Asimismo, Heinrich sugiere abandonar la interpretación moral de conceptos estructurales de *El Capital* como los de clase y explotación, subrayando su carácter meramente arquitectónico dentro de la lógica capitalista. En efecto, la idea marxista de explotación es equívoca: nada tiene que ver con una determinada situación laboral ni con una valoración moral de las condiciones de trabajo. La explotación y su fundamento, la existencia del trabajo no pagado, «no surgen de una violación de las leyes del intercambio mercantil, sino de su cumplimiento» (p. 107). Este abandono de la interpretación moral tiene como objetivo comprender la radicalidad de la propuesta política latente en la crítica marxista al sistema de producción capitalista como proceso únicamente interesado en la valoración y del potencial esencialmente destructivo de este proceso para el hombre y la naturaleza. Marx no trata de impugnar la distribución de los ingresos o del patrimonio por injusta, ni propone una modificación de las leyes de cambio, sino que presenta el carácter estructural de la miseria vital y laboral inherente a la valorización infinita de la mercancía como un modo de fundamentar la abolición del capitalismo como sistema productivo: «Lo que Marx intenta demostrar con su análisis del proceso de producción y de acumulación capitalista es que estas condiciones vitales no son en modo alguno «enfermedades infantiles» del capitalismo, sino que, con todo cambio de su forma concreta, la «miseria» se sigue manteniendo» (p. 138).

El análisis del libro tercero del capital (capítulos 7-9), donde se expone la *empiria* del capitalismo tal y como se presenta a la conciencia de manera

inmediata, se articula en torno a la crítica a la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio, que lleva a Heinrich a abandonar la concepción tradicional de las crisis que se apoyaba sobre ella, así como la idea de una tendencia inevitable del capitalismo hacia su propio colapso. Heinrich viene a negar que Marx haya demostrado que esta ley pertenezca a la «esencia» del capitalismo, pues no es posible realizar una afirmación general sobre la proporción del aumento de la composición de capital constante y variable al nivel categorial en el que se mueve el análisis de *El Capital*, por mucho que tal caída de la tasa de beneficio haya constituido un hecho empíricamente constatable en los primeros siglos del capitalismo. A su juicio, prescindir de esta ley no sólo es compatible con la concepción de las crisis sostenida por Marx, sino que tampoco le resta un ápice de su fuerza crítica. En efecto, si la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio expresaba en el fondo la transitoriedad histórica del modo de producción capitalista, tal y como se muestra a partir de la limitación interna de las fuerzas productivas, tal limitación (y en el fondo, la transitoriedad del sistema) aparece ya en la subordinación tanto de las fuerzas productivas como de la producción misma al mero proceso de valorización en el que consiste el capitalismo. «El hecho de que aumente o disminuya la expresión de la valorización en la contabilidad capitalista no cambia en nada el carácter fundamentalmente obtuso del modo de producción capitalista» (p. 158). Marx no estaría hablando, por tanto, de un colapso inevitable, sino de una irracionalidad constitutiva expresada en las limitaciones estructurales latentes en la producción de mercancías.

Si las crisis se explican gracias a la oposición entre la ampliación tendencialmente ilimitada de la producción frente a la capacidad limitada de consumo por parte de la sociedad, es preciso negar la idea de que *El Capital* pueda reducirse a una «teoría marxiana del colapso», como la que creyó encontrar el marxismo tradicional y, en la década de 1990, Robert Kurz y el grupo *Krisis*. En efecto, aquella contradicción que el Marx de los *Grundrisse* encontraba entre la reducción al mínimo del tiempo de trabajo, el cual es a la vez la única fuente de la riqueza, es reelaborada en *El Capital* no como tendencia al colapso, sino como el fundamento del plusvalor relativo: «El tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía individual puede reducirse y el valor de la mercancía disminuir, con tal de que el plusvalor o beneficio producido por su capital aumente» (p. 180). Además, los autores que defienden una teoría del colapso no han demostrado, a juicio de Heinrich, cuál es aquella tendencia inevitable en el desarrollo a la que el capitalismo no puede sustraerse y cuál es el punto de no retorno a partir del que el sistema se volvería insostenible. Para Heinrich, esta teoría ha cumplido ante todo una función exculpatoria para los partidos políticos de izquierda: dado que el fin del capitalismo estaba científicamente asegurado gracias al análisis de Marx, los

errores o derrotas de las políticas anticapitalistas podían comprenderse como dilaciones de un final ya anticipado.

Heinrich descarta asimismo las caracterizaciones simplificadoras del fetichismo de la mercancía como expresiones de una falsa conciencia, magnificación de la posesión ostensiva de objetos como símbolo de *status* social o como reelaboración del idea juvenil marxista de enajenación de la esencia humana. Tales interpretaciones deforman y ocultan, en su opinión, aspectos relevantes de la investigación de Marx y ante todo, la idea, central para el análisis filosófico propuesto en *El Capital*, de que las «sutilezas metafísicas y las argucias teológicas» que se expresan en la mercancía aparecen únicamente como fruto del análisis, de modo que su «secreto» no puede ser considerado como contenido de una falsa conciencia. Únicamente tras la reflexión es posible concluir que la objetividad del valor solamente puede aprehenderse en otras mercancías, que aparecen, a su vez, como encarnación inmediata del valor. Con la idea de «fetichismo de la mercancía», Marx se propone mostrar que el valor de la mercancía es expresión de una sociabilidad que las personas producen, pero no comprenden, y, por tanto, que la acción social del hombre se lleva a cabo de espaldas a sus condiciones de posibilidad. La mercancía permite una desaparición de las mediaciones que la constituyen, desaparición que se concreta en una comprensión mistificada de las relaciones sociales y encuentra su expresión eminente en ideas imaginarias e irracionales (por ejemplo, el salario como pago del valor del trabajo). De este modo, la explotación aparece como estado normal e imperceptible de la vida social. En esta imperceptibilidad enraíza también la crítica de la conciencia económica abordada por Marx. Heinrich dedica el capítulo décimo al estudio de la conexión entre el fetichismo de la mercancía y la «fórmula trinitaria» en la que se encarnan todas las mistificaciones fruto de ella, esto es, la conexión entre las ideas distorsionadas de trabajo, suelo y capital existentes en las sociedades capitalistas.

Los dos últimos capítulos del libro se dedican a desarrollar los armónicos políticos de la crítica económica contenida en *El Capital*. Políticamente, el análisis de Marx no desemboca tanto en una teoría del Estado alternativa a la burguesa, sino más bien en una crítica de la política y de la forma estatal como mediaciones sociales. En este sentido, Heinrich denuncia como insuficiente la reducción economicista que ve en el Estado un mero instrumento de una supuesta clase dominante con intereses unitarios. Si el marxismo tradicional no ha entendido el carácter esencial del Estado burgués al desenmascarar la neutralidad de la política burguesa como un efectivo instrumento de la clase dominante es porque no ha logrado ver con claridad el significado del Estado como forma social bajo condiciones capitalistas de producción. Además, esta teoría instrumental del Estado suprime la diferencia cualitativa entre relacio-

nes sociales burguesas y preburguesas, esto es, la separación entre dominación política y económica que acaece en las sociedades capitalistas, separación que es urgente comprender si se quiere comprender la coda política que se desprende del estudio emprendido por Marx. Pues la neutralidad estatal no es únicamente una máscara de dominación, sino la condición misma de posibilidad del cumplimiento de las relaciones capitalistas de dominio y explotación que la conciencia inmediata percibe como naturales. Si la autonomía del Estado burgués y su neutralidad política consiste en la obligación de que todos los ciudadanos se reconozcan como propietarios privados, no estaríamos ante un instrumento utilizable a favor o en contra de la clase explotada (como quería el marxismo tradicional) sino ante la posibilidad de mantener indefinidamente las condiciones de producción capitalista. Es esta forma política, expresión de la aparente naturalidad de relaciones sociales históricamente determinadas, la que la crítica de la economía política nos permite contemplar.

La nueva lectura de Marx continuada en esta obra de Heinrich demuestra la actualidad, la potencia y la sofisticación de una crítica de la economía política como análisis de las relaciones esenciales que constituyen el capitalismo. Pues si bien este análisis no puede ser total ni exhaustivo, conserva por eso mismo una actualidad perenne y una potencia explicativa independiente de las mutaciones epifenómicas que el sistema capitalista pueda sufrir. A lo largo de la exposición se hace patente asimismo que la actual economía neoclásica no es una superación científica de un supuesto análisis metafísico de la economía propuesto por Marx, sino, al contrario: un paso hacia atrás que equivale a un regreso acrítico a los planteamientos clásicos para declarar anacrónico o irrelevante cualquier intento de disolver la apariencia de naturalidad de las categorías económicas. El mayor logro del libro de Heinrich está, por tanto, en mostrar que la magna obra de Marx es ante todo una revolución categorial del campo teórico de la economía y no tanto un «corte epistemológico» que permitiese hacer del filósofo de Tréveris, como quería Althusser, un «Galileo de la Historia». Esta confrontación con el *corpus* marxiano que pone en pie una nueva lectura cimentada sobre un sólido conocimiento de las fuentes manuscritas y de la literatura económica contemporánea, tan alejada del marxismo ideológico como del neoliberalismo antimarxista al uso, convierte al libro de Heinrich en un texto de obligada lectura para el lector interesado en Marx.

Adrián Granado García